

silencioso de la noche, retirándose en una de las tribunas del coro. Pero aunque lugar tan secreto y en hora tan silenciosa, no faltaban religiosos que oyesen los crueles golpes, ni menos faltó curioso que deseando saber quién era, perdió el tiempo para salir de la dificultad, quedando edificado.

No se contentaba en castigar su cuerpo por las imperfecciones y pecados propios, sino también por los ajenos, como lo hacía con invectivas que usaba para mover al auditorio á dolor y á penitencia de sus pecados, ya de la piedad con que se golpeaba el pecho á imitación de san Jerónimo, ya á imitación de su devoto san Francisco Solano de la cadena con que se azotaba, ya de la hacha encendida que apagaba en su desnudo pecho, quemando sus carnes á imitación de san Juan Capistrano y otros varios, todo con el fin no solo de castigarse á sí mismo, sino para mover á los de su auditorio á penitencia de sus propios pecados.

No fué menor su mortificación en la privación del sueño por sus continuas y largas vigiliás. Su descanso solía de ordinario reducirse, mientras estuvo en el colegio, hasta las doce que iba á maitines, y á las doce y media, que es cuando se concluye la oración, proseguía haciendo sus ejercicios, variando todas las noches; una noche los de la muerte, otra los de la cruz, otra la vía dolorosa, otra el aposentillo y otros varios, que solía de ordinario concluir á las cuatro de la mañana, y después se recogía, no para dormir, sino continuando en oración hasta la hora de prima ó de decir misa, la que siendo maestro de novicios, los días que no eran de comunión decía antes de prima, y en el otro tiempo después de concluida esta.

Cuando estuvo en las misiones no eran mas cortas las vigiliás, como que tenía á su arbitrio toda la noche, y según decían los soldados de la escolta, casi toda la noche la pasaba en vigilia y oración, pues todas las centinelas que se remudaban siempre lo estaban oyendo, y solían decir: *no sabemos cuándo duerme el padre Junipero*, pues solo en las siestas solía tomar descanso, atendiendo á que su compañero ó compañeros estaban velando y celando. Aun los ratos que descansaba y dormía, parece que velaba su corazón alabando á Dios y orando, pues no pocas veces durmiendo juntos, ó ya en tienda de campaña ó bajo de enramada, solía prorumpir con estas dulces palabras: *Gloria Patri, et Filio, et Spiritui Sancto*; y despertándose con tales palabras, le preguntaba: padre, ¿tiene alguna novedad? y como nada me respondía, conocía claramente que estaba durmiendo ó enajenado, ó que era efecto del continuo rezo mental y vocal.



III.

VIRTUDES TEOLÓGICAS.

Habiendo visto la profundidad del cimiento del espiritual edificio que intentó fabricar el siervo de Dios fray Junipero, y las fuertes columnas que levantó de las cuatro virtudes cardinales, y la union entre estas por otras particulares virtudes y obras de misericordia, que como preciosísimas piedras forman como cerca hermosa y muy vistosa, nos queda que ver lo mas principal del templo, que es como tabernáculo para el *Sancta Sanctorum*, el que forma las virtudes principales, las teológicas, que inmediatamente miran á Dios y la religion que mira al divino culto, las que practicó y tuvo este siervo de Dios en grado heroico, según la doctrina de las dos doctísimas plumas, el cardenal Aguirre y el señor Benedicto XIV ya citados. Veamos la primera, que es la virtud de la

FE.

Esta nobilísima virtud, según San Pablo (ad Hæb. 11, v. 1), es un solidísimo fundamento de lo que se espera y una eficaz y cierta persuasión de las cosas invisibles: *Sperandarum substantiarum argumentum non apparentium*. A esta definición del apóstol se reducen todas las demás que de ella dan los santos padres que tratan de esta virtud, según dice el señor Benedicto XIV (lib. 3. de Serv. Dei beatif. Cap. 23, § I), fundado en la doctrina de santo Tomás. Sobre cuya definición nota el insigne misionero apostólico de Italia nuestro san Bernardino de Sena (Op. tam. 1. Serm. 2 de Dom. Quinq. in princ. pag. mihi 10 col. I) que la llama el apóstol sustancia, como un pedestal sobre el que se sustenta lo principal del edificio espiritual.

Estuvo este siervo de Dios muy adornado de esta solidísima virtud desde que el Señor se la infundió en el bautismo, y empezó á lucir en él desde que le entró el uso de razón, ejercitándose desde entonces en actos heroicos de esta virtud. Fuéronsele aumentando desde novicio en los estudios; concluidos estos, ocupado en ambas cátedras, en la teología instruyendo á sus discípulos en los misterios mas inefables, arduos é imperscrutables (así los llama el apóstol, Rom. 11, v. 33, según lee san Juan Crisóstomo, hom. 4. in Gen.) con toda la claridad que permite el entendimiento humano para la explicación é inteligencia de ellos, como también en la del Espíritu Santo, explicando en los puntos de doctrina estos soberanos misterios de la fe á los mas rudos é ignorantes, con tanta claridad y expresión, que casi podíamos decir con san Gregorio, que su explicación era conocida de los ignorantes sin ser molesta á los sabios.

En su laboriosa vida fué de día en día añadien-

do quilates á esta virtud, los que se ven patentes por las señales que se expresan en su vida, que si se refleja sobre sus tareas apostólicas, veremos con toda claridad que su fe fué grande, pues hallaremos las señales que refiere san Antonino de Florencia que demuestran una fe grande: *fides alicujus magna ostendi potest; primo si alta de Deo sentit* (in Sum. part. 4, tit. 8, cap. 3, § 7). Tan altamente sentía de Dios y de sus divinos atributos cuán alto era su discurso y rara memoria, de tal manera, que al oírlo hablar de la sagrada Escritura parecía que la sabía de memoria, y para explicar los puntos mas recónditos y los misterios mas imperscrutables, parece tenía especial don de Dios, valiéndose de ejemplos, simbolos y comparaciones acomodadas para los mas rústicos y de menos alcance; en cuyas explicaciones manifestaba á todos lo que altamente sentía de Dios, y lo manifestaba no solo por la alta doctrina que enseñaba, sino mas principalmente por el extraordinario gozo y afecto que de ella expresaba, de modo que en estas santas conversaciones y pláticas parecía se enajenaba, de lo que resultaba ser mas largo de lo ordinario, que á muchos, principalmente á los poco devotos de la divina palabra, parecía molesto, y que no faltaba quien dijese no se conformaba con la doctrina de nuestro seráfico padre san Francisco. Pero como este celosísimo misionero era tan docto y leído, tendría muy presente la exposición del seráfico doctor san Buenaventura, sobre el capítulo 9 de nuestra seráfica regla: *In brevitare sermonis*. "Hæc brevitates excludit verborum ambages et sententias involutas, verba etiam ardua super capacitatem audientium... Ista enim abbreviatio non excludit cum expedit, sermonis prolixitatem, quia Dominus ipse aliquando prolixè prædicavit, sicut patet in Joanne (12) et Mattheo (15)."

Del alto conocimiento que tenía de Dios, le vino el desprecio que hacía de las cosas caducas y temporales para conseguir el premio eterno en el cielo, que es la segunda señal que pone san Antonino para conocer la grandeza de la fe de algun siervo de Dios: *Secundo si caduca pro premio aeterno contemnit*. Bastante queda dicho del desprecio que hizo de todas las cosas caducas de este mundo de honras, dignidades y empleos, como también el continuo desprecio que hizo aun de aquellas cosas muy precisas para su uso, como libros, ropa, etc.; de modo, que cuando murió no se halló en tanto libro que llenaba el estante, ni uno siquiera que dijese fuese de su propio uso, sino que en todos ellos se halló de letra de este siervo de Dios: *Pertenece á la mision de San Carlos de Monterey*. Lo mismo digo de la ropa de su propio uso, que poco antes de morir la mandó lavar y apartó, quedándose solo con el solo hábito, capilla, cordón y unos solos paños menores, que es lo que le sirvió de mortaja para enterrarlo, manifestando lo amante que era de la santa pobre-

za y el desprecio que hacía de las cosas caducas.

La tercera señal que propone el citado san Antonino para conocer la grandeza de la fe, es la confianza en Dios en todas sus adversidades: *Tertio si in adversis in Deo confidit*. Ya queda dicho arriba que el venerable padre Junipero no miraba á cosa alguna por la adversa, sino aquello que se oponía á la propagación de la fe, conversión de gentiles y reducción de ellos. En los mayores apuros en que se vió, fué el ver que toda la expedición quería volver las espaldas del puerto de San Diego para la retirada á la antigua California, no dando mas tiempo para esperar sino hasta el día de señor san José, como queda largamente dicho en la vida, y en este mayor conflicto puso toda su confianza en Dios, quien lo consoló, como queda arriba insinuado. Casi en igual conflicto se halló en la misma mision de San Diego, cuanto á la reedificación de San Capistrano, y en otros muchos casos que podría referir en prueba de la confianza grande que tenía siempre en Dios.

Y esta grande confianza en Dios le hizo no volver la espalda atrás, sino seguir siempre en la conversión de los bárbaros, cuarta señal que da el citado san Antonino de la fortaleza de la fe: *quarto si a bono opere non desistit*. Vióse claro esta gran fortaleza, con que se resolvió con todo gusto y voluntad el pasar á la conversión de los indios apaches del río de San Sabá; pues no obstante que veía que los tres padres que fueron para dicha conquista, á los dos quitaron alevosamente aquellos bárbaros la vida, y que al tercero hirieron gravemente, librándose solo de milagro y que podía recelar le sucediese lo mismo, no desistió, sino que poniendo toda su confianza en Dios, gustosamente admitió la propuesta del prelado y resolvió ponerse en camino para dicha conquista.

Otras señales pone el señor Bened. XIV (lib. 3, de servo Dei Beat. et Can. Cap. 23 num. 4) para conocer la heroicidad de la fe, y son, primeramente, la externa confesión de lo que interiormente se cree. Esta señal se vió clara y casi continua en la vida del siervo de Dios fray Junipero por el ejercicio de los actos exteriores que practicaba sobre todos los misterios que con viva fe creía en su interior; y si en sentir de santo Tomás (2. 2. dæ. q. 124, art. 5) cualquiera acto de virtud es una solemne protestación de la fe: *omnium virtutum opera secundum quod referuntur in Deum sunt quadam protestationes fidei*, habiendo sido, según se ve en la vida, casi un continuo ejercicio de actos virtuosos, hallaremos que fué una continua protestación de la fe de este fervoroso siervo de Dios. Secundariamente dice, que se conoce por la observancia de los preceptos, de lo que queda bastante dicho de que no se vió acción alguna que no fuese muy edificante y ejemplar.

No contentándose con solo esto, sino que calaba el que todos los que estaban á su cargo y no-

vísimos en la fe, guardasen puntualmente los divinos preceptos, corrigiendo y castigando, si necesario era, cualquier desmán que en ellos viese; y lo mismo en los preceptos de la santa Iglesia, quedando en todos ellos tan instruidos, que pasaban ya á escrupulosos, no admitiendo dispensa; si necesario era, ni queriendo valerse de los privilegios concedidos por la Iglesia á los neófitos, soliendo responder que eran cristianos como los españoles y asistían á la misa no solo los días festivos para todos, sino también aquellos que no obligaban á los neófitos, no obstante que estaban bien instruidos, que no les obligaba á ellos la Iglesia.

Si ponemos la vista en la tercera señal que pone el señor Benedicto XVI, que es la oración á Dios, queda bastantemente expresado, y se verá comprobado con lo que queda que decir en la virtud de la religión, que era casi continua la oración de este siervo de Dios, por lo que se ve la heroicidad de su fe. Y no es menor prueba la otra señal que pone el citado pontífice: *Ex fidei dilatatione, aut saltem ejus desiderio.*

Tan temprano le empezaron los deseos de la propagación de la fe, que como queda dicho, desde novicio era este su particular anhelo y el derramar su sangre, si necesario fuera, para aumentar los hijos á la santa Iglesia, rebozándosele el gozo de su corazón en la leyenda de los santos mártires que habían muerto en defensa de la fe y en la propagación de ella. Estos mismos deseos tenía y tuvo toda la vida, y estos le hacían atropellar con cuantos peligros se vió, y al parecer le quedaba el sentimiento de no lograr lo que tanto deseaba. Así me lo dió á entender cuando me refirió lo que le había sucedido cuando iba á la fundación de San Juan Capistrano, que queda dicho en el capítulo 43, que me dijo: "Ciertamente que creí había llegado la hora de continuar lo que tanto deseaba." La misma expresión hizo cuando lo iba á matar el hereje inglés, capitán del paquebot que nos llevó desde Mallorca á Málaga que queda dicho, capítulo 2.

Y siempre que se veía en algunas de estas ocasiones y peligros de derramar la sangre en manos de infieles, parece que se llenaba su corazón de alegría, como se vió pocos días después de lo acaecido en la misión de San Diego, que se divulgó entre toda la gente de aquellos establecimientos la noticia, y entramos todos en recelo no sucediese lo mismo en alguna de las demás misiones; y en la de San Carlos, en la que actualmente me hallaba disponiéndome para ir á fundar la de nuestro padre y la de Santa Clara con otros tres compañeros, se levantó entre los indios neófitos, de que la bárbara nación llamada de los *Zanjones*, distante como seis leguas de la misión de San Carlos, intentaban hacer con dicha misión lo que habían hecho los gentiles de San Diego. No obstante que á estas voces no se les daba total crédito, no dejaba de poner en

cuidado la tropa, así á la de la escolta de la misión, como á la del presidio de San Carlos.

A los pocos días vino una india neófito, toda asustada y llena de miedo, con grande llanto, diciendo al cabo que ya venían los zanjones por la cañada, ponderando que eran muchísimos y armados, que sin duda venían á pelear. En cuanto el cabo oyó la noticia, sin hacer examen de ello dió aviso al comandante del presidio, quien luego subió á caballo con una patrulla de soldados para ir á auxiliar á la misión. Al mismo tiempo el venerable padre Junipero nos comunicó, así á su compañero como á nosotros cuatro que estábamos para salir para las dos fundaciones dicha noticia; pero tan lleno de regocijo, que al parecer daba por cierto que aquella noche le habían de quitar la vida, por las expresiones con que nos avisó diciéndonos: "Ea, padres compañeros, ya llegó la hora, ya están ahí los zanjones según dicen, y así no hay más que animarse y disponerse para lo que Dios fuere servido." Así lo hicieron algunos que recibieron el aviso en la iglesia, reconciliándose unos á otros.

Al salir de ella, hallamos ya al comandante con los soldados del presidio, que se estaban disponiendo para la defensa de la misión, siendo ya entrada la noche y habiendo reconocido el peligro que amenazaba por estar los seis religiosos que estábamos allí en distintas casitas de palos ó madera, techadas algunas de tule, que brevemente arde como si fuese yesca, propuso al reverendo padre presidente que convenía que durmiesen todos juntos, para podernos defender en un solo cuartito que allí había de adobes con azotea, que servía de fragua para el herrero; y con esto quedábamos bien resguardados de las flechas y lumbré, y que con un soldado estábamos bien escoltados, y que con los demás repartidos, se podría resguardar la misión. Convino en ello y nos metimos todos en dicho cuartito y en toda la noche no nos dejó dormir, que la abundancia del gozo no le dejaba cerrar la boca, refiriéndonos muchos casos para animarnos, y por la mañana no se halló indio alguno de los zanjones, de que inferimos, ó que la mucha agua que llovió aquella noche los hizo no llegar, ó que fué aprensión de la india, por el mucho miedo que tienen á aquella belicosa nación; pero el susto y temor fué bastante para todos, menos para el siervo de Dios, que no cabía de alegría.

Si reflejamos en este caso, en otros que quedan dichos y otros muchísimos que podría referir, y cotejamos con el sentir del piadoso autor de las antigüedades, citado de nuestro cronista González (6 part. en la vida de san Diego, cap. 7), que dice: "El que una vez consagró la resolución de su ánimo para tolerar para gloria de Dios todas las injurias y crueldades de los tiranos, este ya parece mártir, porque si la suerte no le concede que logre la efectiva pasión de tor-

mentos, no puede quitarle que haya padecido en el alma cuantos géneros de muertes trazadas á ideas de la imaginación había ya abrazado la voluntad;" podremos piadosamente creer que si no fué mártir á violencias del cuchillo, su pronta y resuelta voluntad le consiguió, según la doctrina del célebre Antoine (de Actib. hum. cap. 3, art. 7), el mérito del martirio, que es lo que la Iglesia nuestra madre canta de san Pascual Bailón: *Martyrem non dat gladius; sed ipsa prompta voluntas.*

ESPERANZA.

Vimos ya la firmeza de la fe del siervo de Dios fray Junipero; de cuya heroicidad se puede inferir cuál sería su esperanza, que siendo, en sentir de san Buenaventura (tit. 5, dict. salut. cap. 4), una fuerte columna que estriba sobre el pedestal de la fe y sustenta lo principal del espiritual edificio, ó como dicen otros, flor de la fe que nace de ella como el rayo del sol, podremos inferir con los santos Gregorio y Bernardo, que cuanto más uno cree, tanto mayor es su esperanza: *quantum quisque credit, tantum sperat.* (Bernard. de Dom. in Pas.) Esta que según Guillelmo Altiocidorensis, es una osadía del alma concebida de la largueza de Dios para alcanzar por nuestras buenas obras la vida eterna, dilata su vista y mira con fijos ojos como á su objeto el perdón de los pecados, el premio de las buenas obras en la vida que esperamos, la gracia, la resurrección de nuestros cuerpos, la asistencia y cuidado de la Providencia divina para favorecernos en los peligros y tropiezos que pueden estorbar su consecución; y finalmente, todo lo que es árduo y difícil, si es para bien nuestro y gloria de Dios.

Esta nobilísima virtud que recibió con el sacramento bautismo, desde el día de su nacimiento fué creciendo en este siervo de Dios con la edad, y en cuanto tuvo el uso de la razón, con la instrucción de sus devotos padres se ejerció en esta virtud, como también en la virtud de la fe y caridad, procurando sus devotos padres que las primicias de los actos de su hijo se consagrasen á Dios como autor divino, haciendo que él se ejercitase en fervorosos actos de ellas, como lo practicaba desde niño; y como iba aumentando en edad y conocimiento, procuró ejercitarse con mas fervor, como se ha visto en el discurso de su ejemplar y dilatada vida. Como era tan alto su alcance sobre los misterios de nuestra santa fe y perfecciones divinas, tenía siempre puesta su confianza en ellas, con la esperanza cierta de que conseguiría del Señor lo que era de su mayor agrado, para mayor gloria suya, ocurriendo siempre al Señor, así en las cosas arduas, como ya queda insinuado en su vida, como en cosas aun más leves, pues para todas Dios era su único refugio, y de ordinario conseguía feliz despacho para sus peticiones. Y si por su humildad recelaba el fe-

liz éxito, invocaba á los santos de su especial devoción, como sucedió con el patrocinio del señor san José, que repetidas veces queda dicho, como también de su devoto san Bernardino de Sena, por cuyo patrocinio consiguió para un indio neófito de su misión de San Carlos, librarlo de las fauces de la muerte, cuando los circunstantes lo tenían ya por muerto y aplastado de un grande pino que le cayó encima. Y agradecido nuestro venerable padre á su santo devoto y bienhechor, solicitó le pintaran un lienzo, el que se puso en aquella iglesia para mover la devoción en aquellos neófitos.

Otros varios casos podría referir, los que omito por no ser demasiado largo, pues basta para prueba de su esperanza en Dios lo que queda ya referido de su enfermedad y accidentes continuos del pecho, pié y pierna, en lo que podría aplicarse lo de san Agustín (Conf. lib. 10, cap. 43, tom. I): "Merito mihi spes valida in illo est, quod sanabis omnes languores meos, per eum qui sedet ad dexteram tuam, et te interpellat pro nobis: alioquin desperarem. Multi etiam, et magni sunt languores mei, sed amplior est medicina tua." En fin, si se refleja bien y se atiende á lo que enseña san Buenaventura (in 3. Sent. dist. 26, q. 4), que todos los actos de las virtudes son otros tantos actos de la esperanza, hemos de decir que su vida fué un continuo ejercicio de esta nobilísima virtud, por lo que dijeron los auditores de la Rota en la causa de san Francisco Javier (tit. de Spe) que nada persuade con más eficacia la esperanza de alguno, como el ejercicio de las buenas obras y acciones virtuosas: *Spei argumentum nullum validius, quam quod exercitio ducitur bonorum operum et actionibus virtutum.* Y lo mismo confirma el señor Benedicto XIV (lib. 3 de Can. SS., cap. 23, § 2, núm. 16), cuyas son estas palabras: *Omnia opera bona spem arguunt, et omnia opera bona eximia et sublimia, spem demonstrant eximiam, sublimem, et heroicam.*

CARIDAD Y RELIGION.

La mayor de las virtudes llama san Pablo á la tercera de las teologales, que es la caridad: *maior autem horum est caritas.* (I. Corint. 13.) Y si en sentir de san Gregorio (in Ezequ. hom. 22) cuanto uno cree y espera tanto ama, habiendo visto la firmeza de la fe y la certeza y confianza de la esperanza del siervo de Dios, podremos inferir lo ardiente de su caridad. A esta virtud, dice san Gregorio, que con razón llama el apóstol de las gentes vínculo de la perfección, porque las otras virtudes engendran la perfección, pero la caridad las ata entre sí, de modo que ya no pueden separarse del alma del amante: *Charitatem recte predicator egregius vinculum perfectionem vocat, quia virtutes quidem cetera perfectionem generant, sed tamen eas caritas ita ligat, ut*

ab amantibus mente, dissolvi jam nequeant. (Greg. regist. lib. 4, ind. 13, cap. 95.)

Vimos ya cómo las otras dos virtudes teológicas son columna y pedestal de lo principal y más sagrado del templo. Y hablando de la caridad el célebre discípulo de san Juan Crisóstomo, san Proclo patriarca de Constantinopla, en la epístola que escribió sobre la fe a los armenios (tom. 6, op. SS. PP.), les dice que la caridad es la cumbre de lo más santo y perfecto de nuestra católica religión: *charitas sancta religionis nostrae culmen est*, por lo que tenemos que esta virtud de la caridad es el remate y union que une y corona el estado perfecto del alma.

Las señales para conocer la heroicidad de esta nobilísima virtud, las propone Fortunato Schacco (de not. et sig. sanct. sec. 3, cap. 3 citado del señor Benedicto XIV). La primera es el celo del culto divino, a fin de que Dios sea amado y honrado de todos. Bastante queda dicho en el discurso de la vida de este siervo de Dios, del celo que tuvo del culto divino, ya en aquella suntuosa iglesia que fabricó en la misión de Santiago de Jalpan de la Sierra Gorda, y el adorno que solicitó para ella y para la sacristía, todo dirigido al divino culto. Lo propio practicó en las misiones que fundó en ambas Californias, encargando a todos los misioneros, que siempre en las memorias que pedían de Méjico, jamás dejasen de pedir algo para la iglesia ó sacristía. En una ocasión, estando yo presente, leyó la memoria de lo que se pedía para una de las misiones, y acabándola de leer, dijo á los padres que la habían hecho: *No me cuadra esta memoria, pues no leo en ella alhaja que pidan para adorno de la iglesia*, lo que luego enmendaron los padres añadiendo algunos renglones para el divino culto.

Este celo, que es también acto de la virtud de la religión, se ha expresado en su vida, cap. 7, en donde se expresa el régimen espiritual que observó en la Sierra Gorda, que él mismo en cuanto fué posible observó en las misiones de la nueva California y Monterey, así en fabricas de iglesia, según la posibilidad de cada una, como en adorno para ellas, manifestando grande gusto cuando hallaba en sus visitas en alguna de esas misiones algunos adelantamientos en esto, y luego procuraba comunicarlo á los padres de las demás misiones para animarlos á lo mismo.

También queda dicho en el citado capítulo el régimen espiritual que practicó en los sermones en las solemnidades con que celebraba los misterios y festividades del Señor, de la Virgen santísima y de los santos, predicando en ellas para mover á los neófitos al culto y amor de Dios, siendo en esto tan grande su deseo, que lo extendía á todo el mundo. Bien lo expresó en la fundación de la misión de San Antonio, que encendido en estos deseos y como fuera de sí, repicaba las campanas, como queda dicho, llamando á todos al divino culto y amor de Dios, deseando que aquellas campanas se oyesen por todo el

mundo, señal evidente del fervoroso amor de Dios en que ardía su corazón, pues no solo lo amaba, sino que deseaba que todo el mundo lo conociese y amase.

Otra señal de fervor de la caridad y amor de Dios pone el citado autor, diciendo que se conoce por el gozo interior manifestado con señales exteriores, cuando se habla de Dios y de los santos. Bien se le conocía en sus sermones y pláticas, que parece le rebotaba el corazón de gusto y alegría. Cuando llegó á su noticia la disposición de nuestro santísimo padre Clemente XIII, de que todos los domingos del año que no tuviesen prefacio propio se cantase ó rezase el prefacio propio de la santísima Trinidad, fué tanto su gozo, que no cabía en su corazón, y con mucha ternura decía: Bendito sea Dios, quien conserve la vida á nuestro santísimo padre que ha determinado se rece tan devoto prefacio. ¡Oh y qué buena ocasión para que nuestra seráfica religión pidiese á este santísimo padre, que parece ser devotísimo del misterio de la santísima Trinidad, el que nos concediese el rezo de este soberano misterio, con rito de doble de primera clase, con que imitaríamos á nuestro seráfico padre san Francisco, de quien decimos: *Trinitatis officium, festo solemniter celebrat.*

El mismo gozo expresaba en las solemnidades de la Virgen en las festividades de sus misterios, y cuando vió á sus hijos neófitos que con tanta devoción asistían y cantaban la sacratísima corona de MARIA santísima y la antífona *Tota Pulchra*, que derramaba lágrimas de ternura y devoción. Igualmente le sucedía cuando cantaba la pasión y celebraba aquellos divinos misterios de la semana santa. Y sucedió no pocas veces, no poder proseguir el cantar en el coro el canto angélico de la gloria, el sábado santo. Eran también abundantes las lágrimas en las estaciones del vía crucis, de cuyo ejercicio era devotísimo, y lo instituyó en todas las misiones, así de la Sierra Gorda, como de ambas Californias, la que en sentir de los auditores de la Rota en la causa de san Andrés Avelino (Tit. de Charit.) es señal clara y evidente de la perfecta caridad, y de la heroicidad de esta virtud: *hanc eximiam charitatem Andrea erga Deum probari censuimus, ex maximo affectu ipsius, erga passionem Domini Nostri Jesu Christi.*

Otras varias señales pone el citado autor, las que omito por quedar ya comprobadas con los hechos de su vida, principalmente la caridad acerca del prójimo, de la que bastantemente queda dicho. Y como en sentir de San Gregorio la caridad acerca del prójimo, nutre y aumenta la caridad y amor á Dios *per amorem proximi, amor Dei nutritur*: (Greg. in Moral.) habiendo visto la gran caridad que tuvo este siervo de Dios con el prójimo, se infiere cuán grande sería el amor que residía en su corazón acerca de Dios, y qué admirables efectos causaría en su alma.

Estos fervorosos actos del amor de Dios y al

prójimo, junto con los demás de las otras virtudes de que he hablado y he manifestado de este mi amado maestro, puedo decir que continuaron hasta la muerte, como puede verse en el cap. 58, que es la prueba más eficaz é infalible de haber sido su caridad y amor á Dios y al prójimo, santo y verdadero, en sentir de su amartelado devoto san Bernardino de Sena, quien escribiendo de la caridad verdadera y no fingida, dice lo siguiente (tom. 2, Fer. 4, post. Ciner. Serm. 5, cap. 3, pag. 39, col. mihi 2). "*Charitas fides, sex fornaes patitur, sed in septima alychymia falsitas patet, Primus namque fornaceus ignis fit in corde, secundus fit in ore, 3, in opere 4, in inimicorum dilectione, 5, in eorum subventionem, 6, in recta intentione, ut scilicet propter Deum hic omnia fiant, 7 in perseveranti continuatione. Hic sanctus probatur amor, quoniam si verus non est, cito evanescit.*" Todas las otras seis señales que pone san Bernardino las hallamos muy patentes en la leyenda de su vida, y la séptima y la última señal la prueba lo que queda dicho en el capítulo citado. Y si en sentir del evangelista San Juan, las obras de cada uno siguen á la alma cuando se separa del cuerpo, *opera enim illorum sequuntur illos*, hemos de creer piamente que todas las obras que practicó en el ejercicio laborioso de su vida, acompañarían á su alma, como también los innumerables indios que convirtió, y que por su apostólico afán consiguieron su eterna bienaventuranza, le saldrían al encuentro para ponerlo en presencia de Dios á que recibiese el eterno premio en el cielo.

Así piamente creo habiendo experimentado su fervorosa caridad y amor divino, tendría las propiedades que dice de ella el doctísimo Rabano (in Sermone): "*Amor divinus est ignis, lux, mel, vinum, sol. Ignis in meditatione purificans mentem a sordibus. Lux est in oratione mentem irradians claritate virtutum. Mel est in gratiarum actione mentem dulcorans dulcedine divinarum beneficiorum. Vinum est in contemplatione mentem inebrians suavi et jucunda delectatione.*" Todas estas propiedades parece se hallan en la laboriosa vida de este siervo de Dios, y podemos creer piamente que también conseguiría la última en la patria celestial: "*Sol est in æterna beatitudine mentem clarificans serenissimo lumine, et suavissimo calore: mentem exhilarans ineffabili gaudio perenni jubilatione.*" Con que concluye las propiedades de la verdadera caridad el dicho Rabano, citado del venerable padre fray Luis de Granada (in Sylva locorum communium tom. 1, tit. *Amor Dei*). Y yo podría concluir, que su alma estará descansando, que fueron las últimas palabras que me habló antes de morir, acabando de rezar el oficio del sol de la Iglesia San Agustín, diciéndome á mí y á los circunstantes que se hallaban presentes: Vamos ahora á descansar, como queda dicho en su vida. Y piamente puedo creer que su des-

canso fué y es en el cielo. Pero como son los altos juicios de Dios inexcrutables y que puede necesitar de nuestra ayuda, acompañenme en decir: *Anima ejus requiescat in pace.* Amen.

CONCLUSION DE LA ORRA.

ADVERTENCIA AL CURIOSO LECTOR Y ÚLTIMA PROTESTA.

Dije ya al principio el fin que tenía en escribir esta vida, como también la escribí metido entre aquellas bárbaras naciones, con falta de libros y de padres compañeros con quien consultar; y que habiéndome resuelto á condescender á las súplicas de los devotos y apasionados del venerable padre que lo conocieron y trataron, dando lugar á que saliese á luz dicha vida é historia, supliqué á algunas personas doctas y que conocieron al siervo de Dios, la leyeran, y fueron de parecer que bien se podía imprimir y sería su leyenda no solo edificante, sino que movería á muchos para alistarse para operarios de la viña que plantó este ejemplar misionero. Y diciéndome que echaban menos un tratado de las virtudes, me resolví á hacerlo, animándome el que en esta ciudad no carecería de libros ni de personas doctas con quien poder comunicar las dificultades que me ocurriesen; y aunque esto no me ha faltado, pero sí me ha faltado el tiempo y sosiego que necesitaba por haberme ocupado la obediencia en la carga pesada de la guardanía de este colegio.

Esta consideración me servirá para excusarme de cualquiera falta que los curiosos lectores notaren en el último capítulo, principalmente de la brevedad de tan principalísimo asunto. Presumo también que echarán menos el del don de la contemplación del siervo de Dios, revelaciones, profecías, milagros y todo aquel aparato de las gracias gratis dadas que hacen admirable y ruidosa la santidad de algún siervo de Dios. Pero tengo muy presente que todas estas gracias, aunque son muy admirables y apreciables, no constituyen la santidad esencial, que se vincula á la gracia santificante.

No el don de contemplación, pues este como notó San Gregorio (lib. 2, hom. 5, in Ezeq. num. 19, col. 1361, op. tom. 1) suele concederse así á los perfectos como á los no perfectos, y á los principiantes ó imperfectos. "*Non enim contemplationis gratia summis datur, et minimis non datur, sed sæpe hanc summi, sæpe minimi, sæpius remoti... percipiunt.*" Y muchas veces sucede que ni aun á los santos se concede, como de los ya canonizados nota nuestro eminentísimo Laurea (de Orat. opusc. 7, cap. 2). Sin duda por eso en las causas de canonización no se inquiere de ella sino en cuanto es una especie de hábito adquirido del acto de contemplar y orar, como enseña el señor Benedicto XIV (lib.